diez, con lo cual unas veces se reían los cazadores y otras se marchaban á sus habitaciones con un humor de mil demonios.

Salieron una mañana de cacería, y al regresar se quedó el conde solo en la cocina.

A poco entró Salvaorico con el sombrero en la mano, rascándose el cogote y con sonrisa burlona. Echóse sobre la puerta y preguntó:

—¡Vaya, señó conde! ¿Se ha cazao mucho esta madrugada?

—Pues, hombre, sí que hemos tenido fortuna. ¿Qne creerás tú que hemos encontrado en esos desfiladeros?

—¿Quién sabe? ¿Algún gato montes?

—¡Ca! ¡Una manada de toros salvajes!

Comprendió Salvaorico que empezaba la guasa y se preparó al tiroteo.

—¡Sí que es raro! ¡Yo no he sabío nunca que los hubiese en estos montes, hasta que han venío los señoritos! ¿Y son grandes?

—Mayores que los bueyes de carreta. Con unos cuernos de media vara...

—¡Aprieta! ¿Y han matao ostés muchos?

—Media docena cabal.

—¡Buena mañana ha sío! ¿Y en qué sitio han quedao los muertos, para ir á recogerlos?

—Por lo pronto, nos hemos traído las cabezas...

—Así naide lo podrá negar. ¿Y aonde están esas cabezas?

—Arriba, en la cámara. ¿No vas á verlas?

—¡Muchas gracias. ¡Ya icía yo! ¡Pronto se las han subío! ¡Así es que, por más que buscaba esas cabezas de toro... naíta... naíta... no veía más que la del señó conde!

Narciso Diaz de Escovar.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.—Madrid

LA HOJA DE PARRA ✤ REVISTA FESTIVA ✤

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración de los más ilustres escritores y dibujantes

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas: MÉNDEZ ÁLVARO, 2, PRIMERO

Apartado de Correos número 547 MADRID

En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, 11.

Pídanse precios de publicidad en LA HOJA DE PARRA á la Administración, Méndez Alvaro, número 2, Madrid.



PRECIO DE LA CAJA:

Dos pesetas

De venta en todas las buenas farmacias de España.

Si los Previsores del Porvenir tienen 117.300 socios obligados á pagar cuota mensual, ¿cuántos tendrá *Hispan Trust* cuando sepan que pueden librarse del pago de dicha cuota y de la contribución sobre alquileres, teniendo, además, derecho á otras combinaciones beneficiosas sin que le cuesten un céntimo?...

PRINCIPE, 14

De 10 á 12 y de 4 á 6

CENTRO PERIODÍSTICO DE JOSE LERIN Abada, 22 -:- Kiosco frente á Apolo

Envíos de periódicos y libros á provincias

AÑO I. **Madrid, 28 de Octubre de 1911.** **NUM. 26**



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.

JOAQUÍN DICENTA
El idilio de la noche.

MANUEL SORIANO
La doncella.

PEDRO DE RÉPIDE
El confesor confesado.

EL CONFESONARIO
Artículos de PAQUITA CALVO y ENRIQUE CHICOTE

F. SERRANO DE LA PEDROSA
Los hados.

ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ
Conjunción.

ALEJANDRO LARRUBIERA
La lectura.

TOVAR, CYRANO, SANCHA, ATIZA TRISTAN y ALFONSO

Caricaturas y retratos de La Estrella de Andalucía, Magdalena Raso, Paquita Calvo, Antonio Palomero, Enrique Chicote, D. Paco Serrano de la Pedrosa y otros dibujos.



5 cénts.

LA ESTRELLA DE ANDALUCIA

Hermosa bailarina, muy aplaudida en el teatro Romea.



EL TRES DE COPAS

LA COPA DEL AMOR

Las vírgenes clarisas, que van á la fontana
silente, desconocen la copa del placer...
Sobre el altar hierático, la Virgen soberana
sonríe con su dulce sonrisa de mujer.
Susurra el vuelo de las libélulas
entre las frondas de los vergeles,
y en las claustrales místicas células
cien labios cantan con voz de mieles:
«Pange, lingua, gloriosi
Córporis mysterium,
Sanguinisque pretiosi
Quem in mundi pretium...»
Do-re-fa
sol-sí
sí-la
re-la-mí
La campana, que desgrana
su rosario, invita al coro...
Las vírgenes clarisas, al pie de la fontana,
no saben que es la copa del Amor un tesoro.

LA COPA DEL «LICOR»

Tal es—mis concurdáneos—la copa de cerveza
que cada diez minutos vacía servidor,
y no me s'ha subío jamás á la caeza:
¡por algo tengo fama de grande bebeor!
Otros s'acurdan con mucho menos,
y hay quien la coge sólo con verla;
mas yo, compadres, soy de los güenos
y no m'achispo nunca al beberla.
Con el Aguila m'acuesto,
con la Pilsen me levanto;
más frescales, por supuesto,
qu'el propio Espíritu Santo...
¡Qué placer
me da
beber!
¡Ja, ja, ja!
Por Garibaldi me yama
toá la «hilife» golfa en coro...
Si ustés me dan su venia, voy pa la cama.
Venga otro bok, y ¡arriba, cabayo moro!

TRÍPTICO «BEBESTIBLE»

LA COPA DEL DOLOR

Por miedo al lápiz rojo fiscal, que nos tritura,
no tiene ya LA HOJA DE PARRA su color;
y el público no puede gozar de la frescura
que antaño le ofrecía su perennal verdor.
Con las denuncias estamos fritos,
porque nos hacen pagar las costas;
y como somos más pobrecitos
que los cangrejos y las langostas;
y como nos tienen hartos
recogidas y secuestros,
decidimos que los cuartos
no son suyos, pues son nuestros...
Todo por
el mal
humor
del fiscal,
y el de aquellos «ex» censores
del des-gobierno civil...
Pero tras el Otoño vendrán tiempos mejores
¡y ya veréis lo verdes que estamos en Abril!

Por el «copeo»

Carlos Miranda.

EL IDILIO DE LA NOCHE

Al finalizar aquel crepúsculo de fuego durante el cual el sol, convertido en inmensa hoguera, arrojaba sobre el horizonte llamaradas de luz y teñía de rojo las fachadas de los edificios, las ramas de los árboles y la hierba de los paseos, anchas nubes de color gris se extendieron por el espacio, aumentando el bochorno, haciendo más sofocante la temperatura, como si en ellas se condensaran y fundieran el vaho caliente que salía de la tierra abrasada y el humo del incendio que amenazaba consumir el infinito.

Así fueron pasando las horas y llegaron las primeras de la madrugada.

Yo, tan falto de sueño, como codicioso de frescura, recorría las calles de aquel barrio desierto. Iba de paseo conmigo mismo, disfrutando de esa soledad acompañada, de esa conversación muda de uno con uno mismo, conversación llena de tristezas y de alegrías, porque converso uno con sus recuerdos y con sus esperanzas.

Y así hubiera continuado mucho tiempo, si una voz de mujer, fresca, vibrante, bien timbrada, no hubiese metido por mis oído esta copla que llegó á mi espíritu y le hizo avanzar hacia fuera como hace avanzar al soldado hasta la puerta de su tienda el toque agudo del clarín:

Dame un beso con tus labios,
con tus labios de corales,
y ríete de las penas,
y deja que vengan males.

La última frase de la copla se perdió en el aire, y yo anduve algunos pasos, deseoso de conocer á quien la cantaba.

Allá, en el fondo de la calle, descubríase una reja, por entre cuyos barrotes negros salían los reflejos amarillentos de una luz.

De aquella reja había brotado la copla, de ella brotaban entonces los acordes melancólicos de una guitarra. Seguí avanzando; llegué frente á la reja, y cuando mis ojos penetraron por ella, retrocedí con asombro...

Nada más inesperado, más triste que el marco donde se desarrollaba aquella melodía hecha para sonar á la puerta del cortijo andaluz, bajo el toldo verde de la parra, entre el canto de los ruiseñores, el perfume de los jazmines y la alegría majestuosa de un cielo cubierto de estrellas.

Era la que yo tenía delante de mí una habitación ancha, desatarlada, irregular; la luz de un quinqué que ardía sobre una escalerilla portátil de cinco peldaños, no bastaba á iluminarla por completo; fuera parte del espacio más próximo del quinqué, era difícil distinguir con perfecta claridad los objetos.

Ni sillas, ni mesas, ni adornos de ninguna especie existían allí; un banco de aserrar en el centro; algunas escaleras partátiles esparcidas aquí y allá; una puertecilla á la derecha y á lo largo de las paredes dos inmensas estanterías de madera que se alargaban hasta el fondo obscuro de la sala, sobre aquellos estantes, simétricamente alineados, en correcta formación como si asistiesen á una gran parada, veíanse unos como cajones entrelargos, blancos éstos, negros aquellos; con adornos de oro los unos, con galones de plata los otros; algunos, relucían despidiendo reflejos metálicos... Eran ataúdes. Mis ojos miraban la recámara de un establecimiento de pompas fúnebres, de una expendeduría de vehículos para el otro mundo.

Y en aquella habitación, en aquella antesala de la muerte, iluminados por los reflejos amarillos del quinqué, sentados uno cerca de otro estaban una mujer y un hombre; el hombre en mangas de camisa, entre abierta la pechera para descubrir el pecho musculoso; una pierna encima de la otra, la guitarra descansando entre las piernas,

NUESTRAS COCOTAS



MAGDALENA RASO

las manos arrancando á las cuerdas de la guitarra notas dulces, acordes llenos de ternura y de pasión; la mujer con el cuerpo echado hacía atrás, los negros ojos clavados en el techo, la garganta escorzada, las manos caídas á lo largo del cuerpo, y la azulada cabellera desgreñándose sobre los hombros; él la miraba con mirada de amor, y ella entreabría la boca, como si aún retuviera en ella la última estrofa de la copla cantada, como



—Me dá miedo subir á mi automóvil, porque este loco de Arturo, en cuanto nos ponemos en marcha, mete la cuarta velocidad, y un día nos estrella.

—Pues si quieres ir tranquila, vente en el nuestro. Mi marido raras veces mete la cuarta.

si estuviera acariciando con sus labios la primera palabra de la copla que estaba dispuesta á cantar.

Debían ser marido y mujer, y formaban un grupo encantador: jóvenes, sanos, alegres, contemplándose el uno en los ojos del otro, velando sus amores á la luz del quinqué, disfrutando de su juventud y de su cariño en aquella noche calurosa de Julio.

Yo continuaba mirándoles, sin darme cuenta exacta de la impresión que tan extraño cuadro producía en mí, cuando sonaron en la calle pasos precipitados; un hombre la cruzó, llegó á la puerta de la tienda llamó con golpes presurosos y esperó un momento paseándose con impaciencia de un extremo á otro del edificio.

—Llaman—dijo la mujer.

—Sí; algún parroquiano.

Y dejando la guitarra en el suelo, empujó la puertecilla que comunicaba con la tienda y salió á abrir, volviendo á poco

—Es ahí al lado—dijo,—en el 23. Vuelvo.

—No tardes,—respondió ella.

El hombre se puso una americana, salió á la calle y pasó por delante de mí silbando.

Yo permanecí delante de la reja contemplando á aquella muchacha, que seguía en la misma postura, con los ojos fijos en el techo, la boca entreabierta, la garganta escorzada, las manos unidas y el busto saliente, busto sensual y enérgico, que se alzaba y deprimía á impulsos de la respiración de la joven, agitando el lienzo de su chambra color de rosa.

El hombre volvió á poco rato. Sonreía con aire satisfecho, como quien no ha perdido el tiempo.

—Buen negocio,—dijo, mientras golpeaba cariñosamente las mejillas de su mujer.—Entierro de primera clase; ataud de zinc; seis caballos; lacayos empolvados... De estos caen pocos.

Ella le miró sin contestar, mientras él añadía:

—Y ahora, á acostarnos, que ya es tarde. Despertemos á los mozos y ellos lo irán preparando todo. No podemos quejarnos. Si siguen así nuestros asuntos, vamos á ser ricos.

—¿Y quién es el muerto?—Preguntó ella.

—Una vieja que pesa lo menos ocho arrobas.. ¡Puff! ¡Qué mal olía!....

Y rodeando con sus brazos la cintura de su mujer, le atrajo hacia sí y estampó en la carne fresca y sonrosada de sus mejillas un beso largo, vibrante, sonoro.... Y era hermoso el espectáculo que ofrecían los dos jóvenes, fuertes, amantes, esperanzados en el porvenir, abrazándose ante un senado de ataúdes sobre el recuerdo de aquel cadáver que olía tan mal. Ellos representaban, ignorándolo acaso, un idilio sublime, algo grande, consolador, eterno. La vida y el amor triunfando de la tristeza y de la muerte.

.....

Joaquín Dicenta.

LA DONCELLA

Conocían ustedes á Landelino, el dependiente mayor de la sedería de don Cosme? ¿No? Pues tengo el honor de presentárselo á ustedes: Landelino era el hortera más simpático del ramo de sedas; el más dicharachero del gremio, y el que más partido tenía entre las modistas y doncellas del distrito en que radicaba su establecimiento.

No había otro como Landelino para despachar una vara de cinta ó una medeja de seda. ¡Qué gracia para conquistar clientes! ¡Qué labia para hacer el artículo, dando gato por liebre, cosa muy corriente y admitida en el honrado comercio!

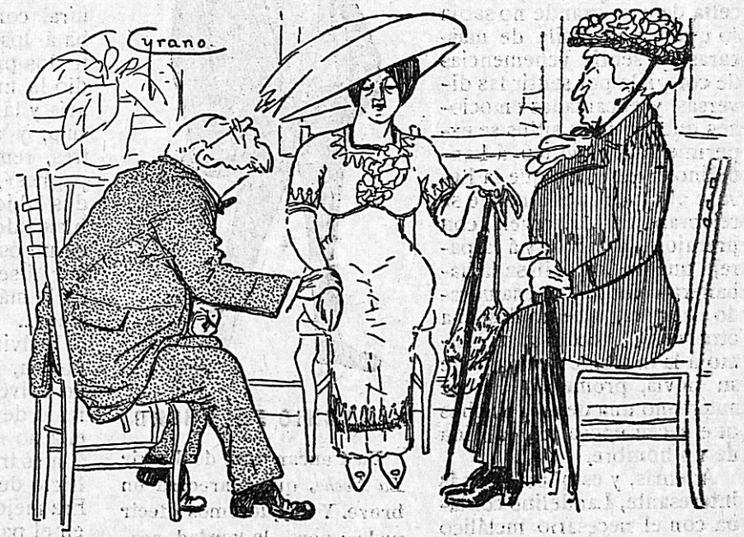
Entre las más asiduas parroquianas á la tienda de don Cosme, figuraba Etelvina, primera doncella de la señora duquesa de Valderrepollo.

Etelvina iba todos los días á comprar alguna cosa, porque Landelino, que era la finura con mitones, la despachaba muy bien, y además la decía cosas que sonaban á música celeste en los oídos de la doncella. Verdad es que Etelvina era de lo poquito que se ha visto en clase de doncellas dedicadas al servicio doméstico, desde nuestra madre Eva hasta *Chelito*, ambas inclusive.

La continuada visita de Etelvina á la tienda y los fogosos requiebros de Landelino, dieron su natural resultado: ambos se enamoraron con amor tan puro y tan santo como el de Adán y Eva antes de darse el paradisiaco banquete, y previa una declaración en seguidillas, pues hay que advertir que el hortera tiraba para Homero, contestada con un ruboroso «lo pensaré», los dos se juraron amor, eterno amor; no ante el «tricornio de un civil», como los personajes de *La Diva*, sino ante un bistek con patatas y una ración de riñones salteados, en el café de San Isidro, un domingo por la tarde.

Como á los veinte años, edad que tenían Etelvina y Landelino, el amor camina en tren expreso y á toda velocidad, los dos amantes, llevando al último límite su entusiasmo amoroso, llegaron á pensar en la

CONSULTA MÉDICA



El doctor.—Se trata de un simple catarro.

La mamá.—Y debe ser epidémico, porque hasta las gallinas de casa parece que están acatarradas.

El doctor.—¿Y esputa la niña?

La mamá.—¿Que si esputa? Más que las gallinas.

conveniencia de casarse: él, porque ya estaba harto del eterno bistek con patatas que á diario é indefectiblemente le daba para almorzar la esposa de don Cosme, y ella porque tenía vivos deseos de dejar de ser doncella... de la señora duquesa de Valderrepollo.

✣

Se acercaba el Carnaval, la fiesta en que el pícaro Lucifer hace provisión de pecadores para todo el año: los bailes de máscaras menudeaban como una bendición de Dios, y en ellos la juventud alocada é inofensiva daba pasto á sus aficiones coreográficas.

Etelvina, que aunque doncella de casa grande no sabía lo que era un baile de máscaras, y sentía vehemencias de colegiala por sentir las diversas y encantadas emociones que en tales sitios se experimentan, significó á Landelino el deseo de que la llevase al que aquella noche se celebraba en la Zarzuela, con premios á la virtud y á la pareja que mejor bailase la habanera ceñida; y el enamorado hortera, que no deseaba otra cosa, accedió gustosísimo á la inocente demanda de su novia, prometiéndose de antemano una de esas noches que hacen época en la vida de un hombre.

Además, y esto era lo más interesante, Landelino contaba con el necesario metálico para el indispensable palco, la consiguiente cena y demás derivaciones ó consecuencias que la «juerga» pudiera tener.

✣

A las doce en punto de la noche, Etelvina y Landelino hicieron su entrada en el baile. Ella iba disfrazada de «odalisca» y él de «pierrot». El salón estaba brillantísimo, rebosando luz y alegría. Toda la gente de trueno y todo lo más selecto de la cursilería cortesana, se había dado cita en el amplio salón, dispuestos unos y otros á sacar todo el partido posible de la fiesta, una de las que más fomentan las gastralgias y contribuyen más eficazmente á la propagación de la especie. Las estadísticas de Noviembre lo acreditan.

Etelvina y Landelino, como buenos enamorados, buscaron refugio en un solitario palco principal, donde libre de bromas pesadas y de miradas indiscretas, se hicieron servir la cena, que saborearon con verdadero deleite. Era la primera vez que ambos se veían solos en un sitio peligroso, y ambos estaban emocionadísimos. El caso no era para menos. Las mujeres saben cómo entran en un baile; pero ignoran cómo saldrán.

Las frecuentes libaciones del Rioja clarete que «amenizó» el guateque, no tardaron en surtir su efecto. A la natural cortedad que embargaba á los dos amantes durante los primeros platos, sucedió la más desenfrenada alegría y la confianza más absoluta; y á la hora de los postres, remojados con «champagnes», los frescos y rosados labios de la doncella habían sido profanados con más de un ósculo de esos que vienen á ser como el preludio de la más grata sinfonía del amor...

Etelvina y Landeino resolvieron, de común acuerdo, no volver al salón durante el resto de la noche, pues como ella no estaba acostumbrada á tales trotes, el ruido y el bullicio del baile la mareaban. Era mejor permanecer solitos en el palco...

.....

Empezaba á amanecer, cuando Etelvina, sin haber tenido la elemental precaución de quitarse el disfraz, llegó á su casa. La señora duquesa, hecha un tigre, como de costumbre, la esperaba, y apenas la atribulada Etelvina entró en sus habitaciones, la preguntó con acento acre y desabrido:

—¿Quién es usted?

—¿Yo?... Pues qué, ¿no me conoce la señora duquesa? ¡Soy la doncella!

—¿La doncella? ¡Mentira! ¡Usted habrá sido doncella, pero ya no lo es usted..., porque desde este momento queda despedida!

Manuel Soriano.



ANTONIO PALOMERO

Va á encargarse de dirigir *La Noche*, que aparecerá en breve. Y no queremos «decir nada» pero, la verdad, sospechamos que Palomerin, Rey de las Tinieblas, cumplirá con su cometido «más que bien...»

EL CONFESOR CONFESADO

JUAN Fernández sintió vivos deseos de acudir al Tribunal de la penitencia. Era un buen creyente y fiel cristiano. Su conciencia le inquietaba con ciertos resquemores, y así hubo de resolverse á abrir el vademecum de sus pecadillos ante un ministro del Señor.

El padre Ambrosio de la Transverberación, que estaba de tanda, hallábase grave y majestuoso, como la seriedad de sus funciones requería, esperando en el confesonario la llegada de la oveja que volvía amorosa al buen redil.

Juan Fernández llegóse al confesorio y comenzó sus revelaciones, mandamiento por mandamiento.

—Bueno, hijo mío, vamos á ver. Van bien los tres primeros. Sigue. ¿Honras á tu padre y á tu madre?

—A mi madre, sí señor. Además, procuro honrar á tres ó cuatro señoras que conozco desde chiquitín, porque me gusta cumplir con el precepto.

—Perfectamente, sigue. ¿Has matado á alguien?

—Verá vuestra reverencia. Es el caso que hace cosa de un año tuve una riña con cierto truchimán. Vinimos á las manos, y no sé á punto fijo cómo fué la cosa; el caso es que le maté.

—¡Ah, desgraciado!

—Pero sucedió que, por aquel entonces, conocí á una mujer, de la que hace poco tiempo he tenido un hijo.

—Eso ya es otra cosa. Mataste á uno, hiciste nacer á otro. Tu cuenta con la humanidad está saldada.

—Y con la Iglesia, que primero la proporcioné un entierro y después un bautizo.

—Sigamos adelante con los mandamientos. Ya estamos en el sexto.

—¡Ay, padre!

—¿Qué te ocurre? Vamos, vamos; desecha tus escrúpulos. Aquí estamos para oirlo todo.

—Verá vuestra paternidad. Anoche estuve á punto de pecar con una desgraciada mujer que se dirigía honradamente á su casa. Era en ese rincón de la plaza de las Carmelitas donde hay un árbol grande.

—Cuenta, cuéntame qué pasó.

—Que la Providencia llegó á tiempo. Iba á suceder algo grave, cuando sentí pasos. Avergonzado del atraco que cometía, me escapé. Allí quedó la desgraciada; pero incólume, por fortuna.

—¡Infeliz! ¿De manera que fué en el rincón de la plaza de las Descalzas? ¿Debajo del árbol grande?



—No; en este momento no puedo ir. Estoy probándome el traje que sacaré mañana en el estreno.

—Sí, señor; sí, señor.

—¿A eso de las ocho y media?

—Sí, señor.

—Más te valiera haberte quedado. Porque quien llegaba era yo. Y en tal estado encontré á aquella pobrecilla, que no tuve más remedio que estar un rato largo pródigándola mis consuelos.

Pedro de Répide.



El confesonario

PAQUITA CALVO

EL segundo mandamiento de la Santa Madre Iglesia ordena la confesión, y, sin embargo, yo la temo hacer, porque hay veces que hasta confesando se peca. Y más ahora, que acabo de desembarcar en Lisboa y aún me dura el mareo. ¡Figúrense ustedes las cosas que diría mareada! No, ¡por Dios, Gómez Hidalgo, no! No me haga usted hablar. Y, en cambio, dígame: ¿Cómo pretende usted que me confiese si el confesar es descubrir y la misión de la hoja de parra es la de tapar?



PAQUITA CALVO

Gentilísima primera tiple que de regreso de la Habana reaparecerá en breve en Madrid, tan bonita y tan artista como se nos fué...

La historia de mi vida no ha terminado todavía. A Dios gracias, tengo muchas cosas que hacer aún.

Y, la verdad, para que todo sean comentarios más ó menos amables, yo no digo esta boca es mía. Espere usted. Cuando me retire del teatro, entonces será ella; entonces me pondré de acuerdo con usted y haremos un libro muy interesante y muy voluminoso. Ya verá usted, ya verá...

Mi amor supremo — esto sí que lo digo—es el Arte, y del Arte, lo mejor, lo que yo cultivo: la opereta y la zarzuela grande.

¿Cree usted, amigo Gómez Hidalgo, que hay algo mejor que esto, excluyendo la ópera?

¿A que se daba usted en los dientes con un canto (no musical, precisamente) si le «tocaran» á usted una *Viuda alegre* y una *Princesa de los dollars?*... Seguramente que, para final, clamaba usted el *sueño... de un vals*. ¿Y no sería su dicha completa si despertara con *La Casta Susana* y como regalo le halagaran con un *Conde de Luxemburgo* ó de otro punto cualquiera, el cual le diera á usted tanto dinero como á Lleó?

¿No opina usted como yo?... ¿Que sí?...

Pues, hijo, que Dios se lo dé. Yo le prometo á usted que, si mi poder llegase á tanto, ahora mismo lo decretaba. Pero como no puede ser, hago «votos»... y mutis, y pido á los lectores de LA HOJA, sino su absolución, porque no me he confesado, por lo menos perdón por la «lata».

Paquita Calvo.

ENRIQUE CHICOTE

QUEBRÁBAME los cascos inquiriendo los motivos que obligaban á los amigos de LA HOJA DE PARRA á pedir mis impresiones amorosas para que figuren al lado de las de hermosas «divettes» y arrojados diestros; y una vez rotos los susodichos cascos, un rayo de luz, en forma de verdad inconcusa, iluminó las celdillas de mi privilegiado cerebro y dí con la razón.

¡Cómo iban á prescindir de mí!... Mi pícara hermosura tiene la culpa. Y es que hay que fijarse. Esta cara, digna de postales, y estas curvas atrevidas, bien justifican que se publiquen mis devaneos.

El sugestivo, si que también bonito, García Álvarez, días atrás dijo en este periódico:

Cuando no hay nadie que no (die
diga al verme: ¡Qué (gachó;
si parece un bibelote! Nada, más guapo que (yo
no admito más que á (Chicote.

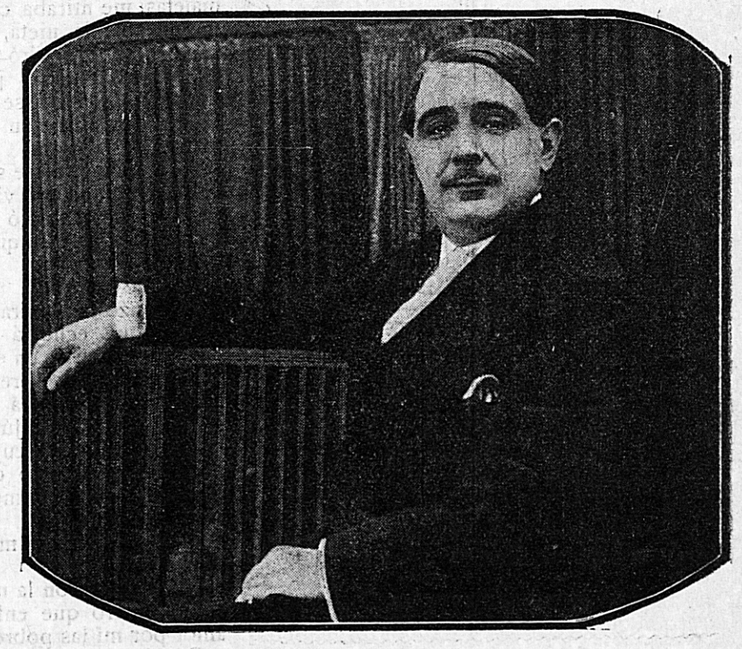
Y es cierto; él es hermoso; sus ojos dormilones, que sueñan paraísos perdidos, sus opulentas caderas y su breve pie, son definitivos; pero su belleza tiene algo del mármol. La mía es plástica; mis mejillas, coloradas cual hojas de amapolas; mis coralinos labios, nido de promesas sin realizar, y la miel que destila la mirada de mis ojos agarenos (ojos cantados por vates ilustres), me dan gran superioridad sobre todas las bellezas masculinas, desde Apolo á López-Montenegro. También los hay hermosos por ahí: el gallardo Thuillier, el elegante Arimón, el helénico Afrodisio, el precioso Lancho; Loma *(Don Modesto)*, monada de quince... mil años, y otros muchos, son pálidas sombras á mi lado.

¡Ay, infeliz del que nace hermoso!

Por eso tengo que dar á luz mis secretos en LA HOJA.

Sólo una aventura puedo contar; una sola, única en mi corta existencia, pues juré evitar peligros, porque estuve expuesto á perder el candor.

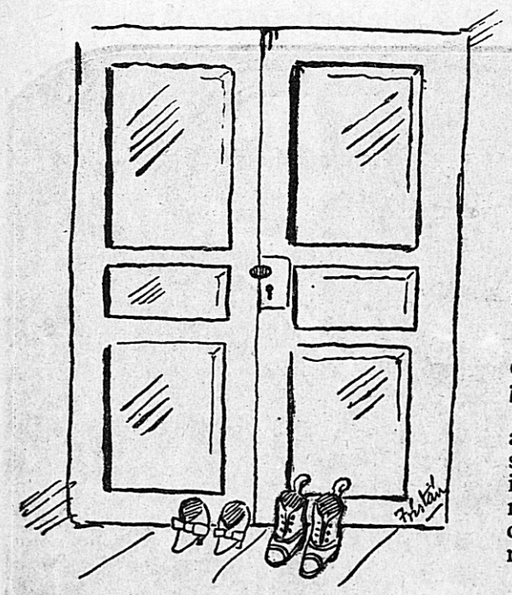
Tenía diecisiete abriles; sedoso bozo azulaba mi belfo—¡ay de mí!—; mis ocupaciones eran mi arte y aspirar el salutífero aire preñado de aromas de romeros y madreselvas. Estaba en plena inocencia. ¡Lo juro por la Virgen de la O, de la Leche y del Buen Parto! Una característica, jamona ella y guapetona ella también, que tenía el marido en Jaca, me hizo el amor. Yo me dejé querer. Habitamos la misma casa de huéspedes, y el hado hizo que saliera ella de Madrid por tres días para hacer un «bolo» en Colmenar;



ENRIQUE CHICOTE

yo desprecié el *bolo*. Como soy muy romántico—¡ay, sí!—estaba acompañado de las sombras de la noche, al balcón, admirando la luna, cuando sentí el contacto de unos labios en el cogote.

El balcón estaba á obscuras... Sentí la sensación de lo desconocido... Quise conocer á mi seductora y busqué á tientas el botón de la luz y... me encontré solo. Me lancé por pasillos y alcobas en busca de mi conquistadora. Todo era calma y obscuridad en la casa. Volví al fresco (pero esta vez con la



¡Al fin, solos!...

mano en el botón); pasó un cuarto de hora y de nuevo sentí sobre el cogote unos labios de mujer: la que me besaba estaba á mi derecha. Toqué un cuerpo, y por el lado izquierdo sentí otros labios en la mandíbula inferior.

—¡Cara... coles!—exclamé para mi capote, y abracé también aquel cuerpo.

Yo, ¡pobre jilguerillo!, hice un esfuerzo, sujetando á mis vaporosas adoradoras y... ¡horror! La madre de la característica, con sus cincuenta y seis años, me contemplaba amorosa por el lado izquierdo, y por el derecho, pálida, temblorosa, con rubor infantil, se extasiaba mirándome una joven de quince años. ¡La hija de la característica! ¡Abuela y nieta!

—Pero, hijas mías—exclamé asombrado—¿qué significa este deseo de amores?

Y ambas, avergonzadas á un mismo tiempo, contestaron:

—¡Es que eres tan guapo!...

Llegó al día siguiente mi característica con su hermana menor, que la había acompañado en su viaje. La primera me echó al cuello los brazos, diciéndome:

—¡Qué precioso estás!

Y la hermanita me miraba con ojos de fuego, como afirmando las palabras de la otra y suspirando. La criada, que traía las maletas, me miraba con arrobo... La abuela me miraba; la nieta, la hermana, creo que hasta el gato suspiró dos veces; yo me asusté... ¡Cinco mujeres prendadas de mi físico! Iba á huir cuando se presentó el marido de la característica con un revólver en cada mano.

—¿Dónde está ese seductor?

Yo temblaba. Me vió, y cuando iba á darle gusto al dedo, se fijó en mí, cayeron las armas á sus pies y se quedó asombrado, exclamando:

—¡Qué hombre!

Me lanzó una mirada tiernísima, y entonces sí que eché á correr por si acaso. ¡Cualquiera se fía en estos tiempos!

Desde entonces renuncié á toda aventura amorosa. No imito á Apolo, que por amor se hizo pastor; ni á Júpiter, que se hizo toro: imito á Enrique II, cuya esposa, la reina Cinegunda, hizo voto de castidad, y por esa causa el susodicho monarca dijo á sus parientes:

—Esposa virgen me dísteis; virgen os la devuelvo.

(¡Qué erudición la mía!)

No quiero que enfermen ni mueran de amor por mí las pobrecitas mujeres.

Perdón por mis confidencias, que me salen del alma, y creo haber demostrado que manejo la lengua castellana como Cervantes, aunque comprendo que hay otros que la manejan mejor que yo...

Con que ya lo saben las que hayan soñado con mis encantos: que despierten, porque antes de sucumbir me tiro á la calle. ¡Ah! Y suplico á mis amigos de LA HOJA que no me vuelvan á comprometer, convirtiéndome en escritor, porque me voy á desacreditar, ¡Caracoles!... Después de esto, ¡cualquiera rechaza una comedia!

Enrique Chicote.

LOS HADOS

FRANCAMENTE, cuando me lo contó el mismo Eduardo, no lo creí; esta mañana á eso de las diez y media, ó sea cinco años después, seguía no creyéndolo; ahora lo cuento para ver si ustedes se animan á creerlo y lo tragamos todos.

Ello es que Eduardo se puso el sombrero, cogió el bastón, se echó el abrigo al brazo y llamó á Esteban.

—¿Cómo se llama?—le preguntó.

—Adela Santillana.

—¿Soltera ó viuda?

—Viuda.

—¿Dónde vive?

—Alcalá, 74.

—Está bien. Adela Santillana, viuda, que vive Alcalá, 74. Bonitas señas las de hoy. Estos últimos días me has soltado una serie de Garcías y vecinas de los barrios bajos... Hoy no como en casa.

Y Eduardo salió repitiendo entre dientes:

«Adela Santillana, viuda, Alcalá, 74».

Expliquémonos.

Eduardo es soltero, rico y extravagante. Tiene grandísimos deseos de casarse y grandísimo miedo á elegir mal y fastidiarse para toda su vida.



DON PACO SERRANO DE LA PEDROSA

Ilustre literato

... y algo más también.

Manera de no equivocarse ó, mejor dicho, de atenuar la responsabilidad: que decida el acaso. Todos los días inventa el criado unas señas de viuda ó de soltera; todos los días va Eduardo á la casa que el criado le indica, y todos los días el portero correspondiente le dice que no conoce á la tal señora.

Eduardo se entrega después á sus asuntos, no sin cierta melancolía, y se guarda muy bien de fijar seriamente la atención en mujer alguna.

Porque dice él, y con razón: El día que la casualidad ordene que en tal calle y en tal número encuentre á doña Fulanita de Tal, no será ya casualidad; será la mismísima Providencia.

Capítulo siguiente:

Diez minutos después. Eduardo penetra en el portal del número 74 de la calle de Alcalá. Pregunta por la señora de Santillana y prepara el pie derecho para dar media vuelta, después de oída la negativa de costumbre.

Pero ¿qué ha dicho el portero? Eduardo cree no haber oido bien y repite la pregunta.

—Sí, señor; entresuelo de la derecha.

La pirueta se queda á la mitad, y mi hombre, con las piernas abiertas y los ojos más abiertos que las piernas, dice:

—¿Doña Adela?

—¡Justamente!

Doña Adela.

—Bien; pero... esta que yo digo es una señora viuda.

—La misma, señor. La viuda del general Carrascosa, que murió hace año y medio. Entresuelo de la derecha.

A Eduardo se le saltan los ojos, le zumban los oídos y no sabe lo que le pasa. Andaluz y supersticioso, ve en la gorra de plato del asturiano el triángulo de la Providencia, y en el portero un Dios patilludo y cincuentón, que repite inexorablemente:—Entresuelo de la derecha.

Fingiendo serenidad y blandiendo el bastón, dice al portero:

—Oiga usted: ¿me está usted tomando el pelo?

—¡Así Dios me salve, señor, como le digo la verdad! Suba el señor y verá que no le engaño. Justamente doña Adela está en casa.

Otro capítulo.

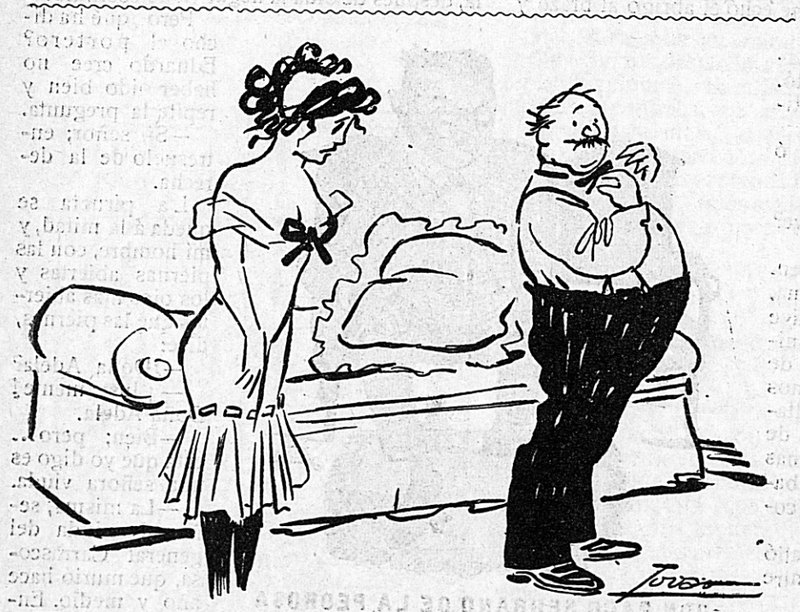
La doncella introduce á Eduardo en una salita preciosamente amueblada y adornada.

El corazón del visitante acaba de perder la serenidad, y, más que latir, trepa hasta la garganta. Aquel saloncito no huele á vieja.

Eduardo busca algún retrato, pero no hay ninguno. Ni es necesario: la dueña de la casa se encuentra ya en su presencia.

Con su alta estatura, su esbeltez, su cabellera, semejante á un pesado carro de guerra; sus ojos claros, defendidos por pestañas inmensas; su boca fresca y sonriente...

Eduardo pidió á su imaginación una mentira, un pretexto... La imaginación se quedó



Ella.—Bien se conoce que eres de la mayoría; mucho prometer y después, nada...

en Babia; pasaron cinco minutos y el ridículo puso á Eduardo más colorado que una guinda. La viuda dijo:

—¿Usted pretende la administración?

Aquella mujer buscaba un administrador; por eso, sin duda, había recibido la visita, y sin saberlo tendía un cable.

El cual, en vez de aprovecharlo, se puso en pie y dijo dramáticamente:

—Señora, suspenda usted todo juicio acerca de mi persona. Yo volveré...

—Pero, ¿no es usted el recomendado de mi hermano?

—No, señora. Estoy á los pies de usted.

Y Eduardo salió tropezando contra todo

Verle de nuevo en el portal y correr el asturiano á refugiarse en la portería, fué todo uno. Pero Eduardo le agarró por el levitón, le puso un duro en la mano y le dijo:

—No, amigo mío; no estaba loco. Ahora es cuando comienzo á estarlo.

Abreviemos...

Aquí encajarían unos cuantos capítulos para contar cómo Eduardo se hizo presentar en el Casino al hermano de Adela; cómo fué presentado á ésta; cómo fué conquistado aquel corazón virgen (el general había sido un buen amigo del padre de Adela que, al verla huérfana y pobre, se casó con ella dos meses antes de morir); cómo Eduardo llegó á estar loco de amor por Adela y Adela por Eduardo, y cómo recibió, cuando más feliz se consideraba, una de esas puñaladas traperas que nos da la suerte tan á menudo.

Fué en el Prado, un domingo por la tarde. La doncella de Adela marchaba muy de prisa por la acera del Banco. Eduardo quiso darse el gusto de ser celoso. ¡Quién sabe! Podía llevar una carta de Adela á un rival afortunado... El mismo Eduardo se reía, pero marchaba detrás de la doncella y la vió reunirse á un hombre.

Aquel hombre fué un rayo de luz para Eduardo y aquel rayo de luz tenía una oreja. Eduardo se abalanzó á ella y tiraba sin piedad.

—¿Desde cuándo conoces á esta muchacha, bergante?

—¡Suélteme usté, señorito!

—Señorito, no pegue usted á mi novio.

—Mi señorita no sabe una palabra.

—¡Conque esto ha sido una comedia, y tu señorita una farsante!

Eduardo soltó la oreja de su criado, corrió como un loco á casa de Adela y entró descompuesto y alborotando.

Ella le escuchaba en pie sin comprender lo que oía. Por fin, reprimiendo sus lágrimas, dijo: «Hemos concluído», y abandonó el saloncito, cerrando tras sí la puerta.

—¡Era inocente!—pensó Eduardo;—¡estoy más puesto en ridículo que nunca! ¡Se acabó! ¡Me mato!

Y esforzando la voz, añadió:—¡Adela mía! ¡te amo siempre! ¡perdón!...

Abrio el balcón, avanzó el cuerpo y se detuvo horrorizado. El abismo que se abría á sus pies medía metro y medio de profundidad. Había olvidado que se encontraba en un entresuelo.

Este último golpe de ridículo le anonadó.

—¡Loco!—oyó decir á su espalda.

Volvió la cabeza y vió á Adela con los brazos abiertos.

Esta vez no le horrorizó la caída...

F. Serrano de la Pedrosa.

CONJUNCION

Si después de morirme, alguna noche
algo vago rondar sientes tu cama,
que no dejes tus párpados cerrarse
y te atormentes con ignotas ansias;
si languideces al contacto leve
de un algo inmaterial que á tí se abraza,
si sientes en tu boca un cosquilleo
cual de piña de besos desgranada,
y vaho intermitente y ardoroso
de una respiración tu frente abrasa,
no tiembles ni te asustes: es mi espíritu
¡que goza tu materia soberana!

✠

Y si después de aquello, poco á poco.
notas en tí transformación extraña;
si sientes que las buenas intenciones
sustituyendo van las tuyas malas;
si te sientes capaz de noble anhelo,
y te sientes capaz de no ser falsa,
y ves huir de tí la hipocresía
del vicio, la ambición y la falacia
no tiembles ni te asustes; es el fruto
de la noche nupcial, en que gozaras
la esencia de mi espíritu amoroso,
¡á tu impura materia soberana!

Alfonso Hernández Catá.

LA LECTURA

En su matrimonio con don Pompilio Gandarillas, un cuarentón riquísimo que comerciaba en pieles, sufrió la linda Isabel la primera decepción el día mismo de la boda, al anunciar su ya esposo y señor su viaje á Navalagamella, su pueblo natal, y en donde antojábasele pasar la luna de miel.

El nombre del oasis escogido para celebrar el idilio, arrancó sonrisitas á los señores



—¡Tiembla, bella Zulima! Tres mil franceses armados vienen sobre el harem...

—¿Y están muy lejos?...

convidados. Hubo quien preguntó socarronamente:

—¿Continuarán ustedes su viaje á Niza, á Venecia ó á París, eh?

—A casita nos volvemos desde mi pueblo —afirmó don Pompilio.—Esta y yo no estamos por esa cursilería de viajar por el extranjero, ¿verdad, tú?...

La desposada asintió con una leve inclinación de cabeza, que más parecía movimiento resignado de víctima propiciatoria.

¡Ir á Navalagamella la que había soñado, como sueñan las jóvenes estas cosas, con hacer el viaje de novios por la *bella Italia* ó la encantadora Suiza!...

—¡Dios mío, bien empieza mi matrimonio!...—pensó Isabel amargado el espíritu por tamaña decepción.—A Pompilio le tenía yo por hombre algo prosaico, pero no tanto... Al lado de un hombre así, mi vida va á ser un infierno... Si fuera posible, ahora mismo me descasaba... á *pesar* de sus millones, y seguía siendo la señorita Pérez, la hija del procurador Pérez... Y aunque mamá, papá y el tío Cosme y toda la familia me dijesen que era un partido que ni buscado con candil, no volvía á casarme con uno como Pompilio. Con uno como Pepito, sí... ¡Ese sí que es un marido complaciente, amable, cariñoso, ideal!.. Llevó á Conchita á París, á Viena... ¡hasta á San Petersburgo!, porque á la señora se le antojó un abrigo ruso auténtico... ¡Si no fuera el mío un matrimonio de conveniencia, si «él» no fuese tan vulgarote para todo, si me amara, no haría esta iniquidad conmigo!...



—Qué mujeres estas; ¡se conocen hasta por detrás!

✠

Isabel era un temperamento romántico; á vivir en los tiempos de Espronceda, habría sido una de las muchas jóvenes que bebieran vinagre para adelgazar y empalidecer y suspiraría por nada y lloraría las desventuras de Manrique, y su imaginación forjaría como prototipo del ser amado algún sensible y melenudo poeta que á la luz de la luna susurrase palabras ardientes y trágicas de pasión, y que encontrando ruín, prosaico y estrecho el escenario del mundo, desapareciese de él clavándose heroicamente un puñal en el pecho, ya mal ferido por los desdenes de la ingrata.

Pero han cambiado mucho los tiempos, y hogaño la juventud idealista se contenta con leer los folletines de los periódicos y seguir con avidez los disparatados lances que la calenturienta imaginación de los noveladores franceses, ingleses é italianos deparan á los protagonistas de sus interminables novelas.

Muchas veces la lectora, en el colmo del entusiasmo, trató de hacer partícipe de él á su esposo, llamándole la atención acerca de tal diálogo ó escena que ella creía capaz de conmover á una estatua.

—¿Qué te parece esto, Ilio?—abreviaba así el nombre de él por idealizarlo, y hallaba á Ilio dormido lo más irreverentemente.

—¡Es un alcornoque!—musitaba rabiosa de despecho.

Y cuando una mujer se declara á sí misma que su marido es un alcornoque, hay motivo fundadísimo para sospechar que una malhadada ocasión para el «alcornoque» puede transformarlo en Minotauro.

✠

La ocasión, ¡ay!, presentóse en forma de primo que, en casos como el que refiero, es el enemigo matrimonial más terrible.

Un primo del buen Ilio, guapo mozo en la venturosa edad de los veinte años, vino á la corte á tomar la reválida de médico, y no encontró fonda más barata que la casa de su deudo, ni compañía más amable que la del rico comerciante y su señora, sobre todo la de la esta última, que en el matrimonio habíase transformado en una hermosa mujer con todas las arrogancias en la línea de una matrona y encerrado todo el fuego de la pasión en unos labios que, como dijo el poeta, eran un rubí por gala partido en dos.

Al futuro galeno le impresionó encontrarse con una prima tan deliciosamente *sugestiva;* á Isabel, la gallardía, juventud y desparpajo de Arturo la sedujeron desde el primer momento.

El pensó:

—¡Qué lástima que sea mujer de este bárbaro!

(Los primos siempre llaman bárbaro al marido.)

Ella se dijo:

—¡Qué diferente es á mi Ilio!

Una noche, ambos jóvenes se encontraban en un gabinetito coquetonamente alhajado; Isabel leía un libro y Arturo entreteníase en repasar las hojas de un álbum de fotografías; don Pompilio había salido para sistir á una junta comercial. La casualidad, gran trazadora de ocasiones peregrinas, hizo que Isabel hallase en su lectura uno de aquellos pasajes que la arrebataban: sin poder contenerse, llamó á su primo.

—¡Arturo!.. Usted que tan aficionado es á las novelas (el futuro médico había mentido esta afición para ser más grato á la romántica), oiga esto que es de lo más conmovedor é interesante que yo he leído... Se trata de una escena entre dos amantes: el marido está viajando por el extranjero.

Isabel empezó su lectura; el primo no apartaba sus ojos de la lectora; la luz de la lámpara iluminaba el rostro de Isabel, en el que refulgían dos ojos hermosísimos, fascinadores, á los que se asomaba la emoción de que era presa la joven; la bata de muselina azul, orlada de encajes, ceñíase con hipócrito abandono á la línea de su cuerpo dibujado por la voluptuosidad, tentador, irresistible.....

.....

¡Oh, qué inesperado fué el final de la lectura y qué dulce y sabroso el comentario, que, como un rezo misterioso y entrecortado de suspiros, resonó en la coquetona estancia, cuya luz prudentemente había sido suprimida... para reaparecer poco después mostrando caído en tierra el libro, el gran galeoto de aquel imprevisto dúo de amor...

✠

Con su título de médico en el bolsillo, partió para sus lares el primo, y la prima, inconsolable, mandó como recuerdo imperecedero de su lectura—la más gustosa y emocionante de la vida,—encuadernar en piel de Rusia al galeoto.

Don Pompilio, movido á curiosidad por tales lujos, hubo de preguntar á su mujercita:

—Pero, ¿qué?... ¿Vale tanto ese libraco?...

—¡Ay, Ilio, si tú supieras lo que esto vale!



—Usted ha jugado muy bien esta tarde, pero ha hecho usted muchas faltas.

—Eso me sucede siempre que juego con mi marido.

replicó Isabel poniéndose encendida como la grana, y con acento de sutil y sarcástica ironía.

Y añadió estas enigmáticas palabras:

—En ese libro he sentido algo que tú, con tu vulgar prosa, no has sabido hacerme sentir nunca...

—¿Qué?—preguntó él.

—Si no has sabido hacérmelo sentir, tampoco lo comprenderías por mucho que te lo explicase.

Alejandro Larrubiera.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL